

cía haberse puesto de acuerdo con lo que los hombres iban á hacer: nada se oponía á las funestas armonías de aquel conjunto. Las estrellas habían desaparecido; pesadas nubes cubrían el horizonte con sus melancólicos pliegues. Había un cielo negro sobre aquellas calles muertas, como si se desplegara una inmensa mortaja sobre aquella inmensa tumba.

Mientras que se preparaba una batalla política en aquel sitio que había visto ya tantos sucesos revolucionarios; mientras que la juventud, las sociedades secretas, las escuelas en nombre de las teorías y la clase media en nombre de los intereses se aproximaban para chocar, para luchar y derribarse; mientras que cada uno se apresuraba y llamaba la hora última y decisiva de la crisis á lo lejos, fuera de este barrio fatal, en lo más profundo de las cavidades insondables de ese viejo París miserable que desaparece bajo el esplendor del París feliz y opulento, se oía sonar lúgubramente la sombría voz del pueblo.

Voz terrible y sagrada, que se compone del rugido de la fiera y de la palabra de Dios, que aterroriza á los débiles y avisa á los sabios, que viene siempre de abajo como el rugido del león, y de arriba como el estruendo del trueno.

## III

## LA ORILLA EXTREMA

Mario había llegado al Mercado.

Allí todo estaba más tranquilo, más oscuro y más inmóvil que en las calles cercanas. Parecía que la paz glacial del sepulcro había salido de la tierra y se había extendido por el cielo.

Sin embargo, por cima de las casas que cerraban la calle de la Chanvrerie, por el lado de San Eustaquio, se descubría una claridad rojiza. Era el reflejo de la antorcha que ardía en la barricada de Corinto. Mario se dirigió hacia esa claridad; siguiéndola, llegó al Mercado de Legumbres; descubrió la tenebrosa embocadura de la calle de Predicadores y entró en ella. La centinela de los insurgentes, que vigilaba al otro lado de la calle, no le vió. Conocía que estaba ya cerca de lo que iba buscando y andaba de puntillas. Así llegó al recodo del trozo de la calle Mondétour, que era la única comunicación conservada por Enjolras con lo exterior. En la esquina de la última casa, á la izquierda, adelantó la cabeza y miró en este trozo de calle.

Un poco más allá de la esquina que forma el callejón y la calle de la Chanvrerie, que producía la larga sombra en que estaba metido, descubrió algún

resplandor en los adoquines, que era la entrada de la taberna, una lamparilla agonizando en una especie de muralla informe, y hombres acurrucados con fusiles entre las rodillas. Todo estaba á diez toesas de él. Era lo interior de la barricada.

Las casas que flanqueaban la callejuela por la derecha le ocultaban el resto de la taberna, la gran barricada y la bandera.

Mario no tenía que dar más que un paso.

Entonces el desgraciado joven se sentó en un guardacantón, cruzó los brazos y pensó en su padre.

Pensó en aquel heroico coronel Pontmercy, que había sido tan valiente soldado, que había defendido en tiempo de la República las fronteras de Francia, llegado con el emperador á las fronteras de Asia; que había visto á Génova, Alejandría, Milán, Turín, Madrid, Viena, Dresde, Berlín y Moscow; que había dejado, en todos aquellos campos de gloria de Europa, gotas de la misma sangre que Mario tenía en sus venas; que había envejecido antes de tiempo en la disciplina y el mando; que había vivido con el cinturón abrochado, con las charreteras que le caían sobre el pecho, con la escarapela ennegrecida por la pólvora, con la frente arrugada por el casco, en las barracas, en el campamento, en el vivac, en los hospitales de campaña, y que al cabo de veinte años había vuelto de las grandes guerras con una cicatriz en la mejilla, con el semblante risueño, sencillo, tranquilo, admirable, puro como un niño; habiendo hecho todo lo posible en favor de Francia y nada contra ella.

Se dijo que ya le había llegado su día, que había sonado su hora y que, después de su padre, él también iba á ser valiente, intrépido, atrevido; iba á correr el peligro de las balas, á ofrecer su pecho á las bayonetas, á derramar su sangre, á buscar al ene-

migo, á buscar la muerte, que iba á hacer la guerra á su vez, á bajar al campo de batalla, y que este campo de batalla á que descendía era la calle, y que la guerra que iba á hacer era la guerra civil.

Vió la guerra delante de sí como un precipicio en que iba á caer. Entonces se estremeció.

Se acordó de aquella espada de su padre, vendida por su abuelo á un prendero, y que él había echado de menos con tanto sentimiento. Se dijo que había hecho muy bien aquella valiente y casta espada en haber huído de sus manos y haberse perdido irritada en las tinieblas; que si había huído de esta manera, era porque tenía inteligencia y preveía el porvenir; porque presentía el motín, la guerra de las calles, las descargas por los respiraderos de las cuevas, los golpes dados y recibidos por la espalda; porque viniendo de Marengo y de Friendland, no quería ir á la calle de la Chanvrerie; porque después de haber hecho lo que había hecho con su padre, no quería servir para aquello al hijo. Se dijo que si aquella espada estuviese allí, que si habiéndola recibido de la cabecera de su padre muerto, se hubiera atrevido á empuñarla y á llevarla á este combate nocturno, entre franceses, en una encrucijada, de seguro le quemaría las manos y resplandecería á su vista como la espada del ángel. Se dijo que era una felicidad no llevarla consigo y que hubiera desaparecido, porque así era justo; que su abuelo había sido el verdadero guardián de la gloria de su padre, y que era mejor que la espada del coronel hubiera sido subastada en almoneda, vendida á un prendero, tirada entre hierro viejo, que emplearla en herir á la patria.

Después se echó á llorar amargamente.

Esto era horrible. Pero ¿qué hacer? Vivir sin Cosette era imposible; y puesto que se había marchado, era preciso morir. ¿No le había dado su palabra de

honor de que moriría? Ella había partido sabiéndolo así; luego la agradaba que Mario muriera. Además, era evidente que ella no le amaba, pues se había ido así, sin avisarle, sin decirle una palabra, sin escribirle una letra, sabiendo sus señas. ¿Para qué, pues, vivir ya? ¡Además, haber ido hasta allí y retroceder! ¡Haberse aproximado al peligro y huir! ¡Haber ido á ver la barricada y alejarse de ella! Alejarse temblando y diciendo:—¡He hecho bastante, he visto y esto me basta; esto es la guerra civil, me voy! ¡Abandonar á sus amigos que le esperaban, que quizá le necesitaban, que eran un puñado contra un ejército! ¡Faltar á todo á la vez, al amor, á la amistad, á su palabra! ¡Dar á su cobardía el pretexto del patriotismo! Pero esto era imposible; y si el fantasma de su padre estuviese allí en la sombra y le viese retroceder, le azotaría con la espada de plano y le gritaría: ¡Anda, cobarde!

Dominado por el vaivén de estos pensamientos, bajó la cabeza.

De pronto la levantó: acababa de verificarse en su espíritu una especie de rectificación espléndida. Hay una dilatación del pensamiento propia de la aproximación de la tumba: al acercarse á la muerte, se ve la verdad. La visión de la acción, en la cual se veía quizá próximo á entrar, se le presentaba, no ya horrible, sino soberbia. La guerra de las calles se cambió súbitamente por una desconocida modificación anímica interior, ante la vista de su inteligencia. Todos los tumultuosos puntos de interrogación del delirio se le aparecieron en conjunto, pero sin turbarle, y no dejó de responder á ninguno.

Veamos. ¿Por qué se indignaría su padre? ¿Acaso no hay circunstancias en que la insurrección se eleva hasta la dignidad del deber? ¿Por qué, pues, había de empuñarse el hijo del coronel Pontmercy en el

combate que iba á empeñarse? Esto no es ya Montmirail, ni Champaubert; es otra cosa. No se trata de un territorio sagrado, sino de una idea santa. La patria se queja, bien; pero la humanidad aplaude. ¿Pero es verdad que la patria se queja? La Francia vierte sangre, pero la humanidad sonríe, y ante la sonrisa de la libertad, Francia olvida su herida. Además, viendo las cosas desde el punto más elevado, ¿quién hablaría de guerra civil?

¡La guerra civil! ¿Qué quiere decir esto? ¿Acaso hay guerras extranjeras? ¿Acaso toda guerra entre hombres no es guerra fratricida? La guerra no se califica por su objeto. No hay ni guerra extranjera, ni guerra civil; no hay más que guerra justa ó guerra injusta. Hasta el día en que concluya el gran concordato humano, la guerra, la que representa el esfuerzo del porvenir que se apresura, contra el pasado que se retarda, puede ser necesaria. ¿Qué hay, pues, que censurar en esa guerra?

La guerra no es una vergüenza; la espada no se convierte en puñal sino cuando asesina el derecho, el progreso, la razón, la civilización, la verdad. Entonces guerra civil ó guerra extranjera, es inicua; se llama crimen. Fuera de esta cosa santa, la justicia, ¿con qué derecho una forma cualquiera de la guerra condenará otra? ¿Con qué derecho la espada de Washington renegará de la pica de Camilo Desmoulins? Leonidas contra el extranjero, Timoleón contra el tirano, ¿cuál de estos dos es más grande? El uno es defensor, el otro libertador. ¿Será malo sin pensar en el fin todo armamento en lo interior de la ciudad? Entonces infamada á Bruto, á Marcelo, á Arnolfo de Blankenheim, á Coligny. ¡Guerra de los campos! ¡Guerra de las calles! ¿Por qué no? Esta era la guerra de Ambiorix, de Artevelde, de Marnix, de Agneesens. Pero Ambiorix luchaba contra Roma,

Artevelde contra Francia, Marnix contra España, Agneesens contra el Austria; todos contra el extranjero. Pues bien: la opresión es el extranjero; el derecho divino es el extranjero. El despotismo viola la frontera moral, como la invasión viola la frontera geográfica. Expulsar al tirano ó expulsar al inglés, es en ambos casos recuperar el propio territorio. Llega una hora en que no basta protestar; después de la filosofía, viene la acción: la viva fuerza concluye lo que la idea bosqueja; Prometeo, encadenado, empieza, y concluye Aristogiston; la enciclopedia ilumina las almas; el 10 de agosto las electriza. Después de Esquilo, viene Trasibulo; después de Diderot, Dantón. La multitud tiene cierta tendencia á admitir un amo. Su masa produce la apatía; la multitud se totaliza fácilmente en la obediencia. Y es preciso removerla, empujarla, animar á los hombres con el beneficio de su libertad, deslumbrar sus ojos con la verdad, arrojarles la luz á puñados. Es preciso que se vean un poco deslumbrados para su propia salvación; porque este deslumbramiento los despierta.

De aquí proviene la necesidad de los motines y de las guerras. Es preciso que aparezcan grandes combatientes, que iluminen á las naciones con su audacia y sacudan á esta triste humanidad; que cubran de sombra el derecho divino, la gloria de los Césares, la fuerza, el fanatismo, el poder irresponsable y las majestades absolutas, legión estúpida-mente ocupada en contemplar en su esplendor crepuscular esos sombríos triunfos de la noche. ¡Abajo el tirano! ¿Pero de quién habláis? ¿Llamáis tirano á Luis Felipe? No: ni tampoco á Luis XVI. Ambos son lo que la historia suele llamar buenos reyes; pero los principios no se dividen; la lógica de lo verdadero es rectilínea; la verdad no tiene complacencias;

no hay, pues, concesión; toda compasión hacia el hombre debe reprimirse; hay derecho divino en Luis XVI; le hay por su familia en Luis Felipe: ambos representan, en cierta medida, la confiscación del derecho; y para derribar la usurpación universal, es preciso combatirlos, es preciso; y Francia, como siempre, empieza á hacerlo. Cuando el jefe cae en Francia, cae en todas partes.

En suma, restablecer la verdad social, volver su trono á la libertad, volver al pueblo á su lugar, volver al hombre la soberanía, volver la púrpura á la cabeza de la Francia; restaurar en su plenitud la razón y la equidad, suprimir todo germen de antagonismo, restituyendo cada uno á sí mismo, aniquilar el obstáculo que el realismo presenta á la inmensa concordia universal, poner al género humano al nivel del derecho, ¿qué causa más justa y, por consiguiente, qué guerra más grande? Estas guerras traen la paz. Una enorme fortaleza de preocupaciones, de privilegios, de supersticiones, de mentiras, de exacciones, de abusos, de violencias, de iniquidades, de tinieblas, se descubre aún de pie sobre el mundo con sus torres de odio. Es preciso derribarla; es preciso derrumbar esa masa monstruosa. Vencer en Austerlitz es cosa grande; pero tomar la Bastilla es una cosa inmensa.

No hay nadie que no haya observado en sí mismo lo que vamos á decir: el alma, esa maravilla de unidad y ubicuidad, tiene la rara aptitud de reflexionar casi fríamente en los extremos más violentos; y sucede muchas veces, que la pasión desesperada y la más profunda desesperación, aún en la agonía de sus más fúnebres monólogos, tratan de ciertos asuntos y discuten tesis. La lógica se mezcla con la convulsión, y el hilo del silogismo flota, sin romperse, en la lúgubre tempestad del pensamiento.

En esta situación de ánimo se encontraba Mario. Al mismo tiempo que así pensaba, decaído, pero resuelto, vacilante, sin embargo, y, en suma, temblando ante lo que iba á hacer, su mirada vagaba por lo interior de la barricada. Los insurgentes estaban hablando á media voz, sin moverse; se sentía ese casi silencio que distingue la última fase de la espera. Por cima de ellos, en una ventana del tercer piso, Mario distinguía una especie de espectador ó testigo que le parecía singularmente atento. Era el portero muerto por Le Cabuc. Desde abajo, á la luz de la antorcha metida entre adoquines, se descubría vagamente su cabeza. Nada más extraño en aquella claridad sombría é incierta que aquella faz lívida é inmóvil, asombrada, con los cabellos erizados, los ojos abiertos y fijos, la boca entreabierta, inclinada hacia la calle en actitud de curiosidad. Parecía que el que estaba muerto contemplaba á los que iban á morir.

Un largo rastro de sangre, que había salido de aquella cabeza, corría en hilos rojizos desde la ventana hasta la altura del primer piso, en que desaparecía.

## LIBRO DÉCIMO CUARTO

### LA GRANDEZA DE LA DESESPERACIÓN